La Nueva España. 13 de Diciembre de 1969.

TIENE 82 AÑOS Y LLEVA CANTANDO TODO LO QUE VA DE SIGLO

PEPE EL DE LA MATRONA

Acaba de grabar treinta y seis cantes antiguos

"EL NOVENTA POR CIENTO DE LAS VECES LOS CANTAORES ENGAÑAMOS A LA GENTE"

"Tuve que acostumbrarme a cantar con los ojos cerrados, pa no ver la cara a nadie"

Su tarjeta dice José Núñez, y debajo se añade De la Matrona. Tiene ochenta y dos años, y lleva cantando todo lo que va de siglo.

—Yo empecé a cantar por el 1899, tenía doce años. Yo nací el 87, el 4 de julio del 87. Nací en Triana, pero estoy bautizado en Santa Marina, por la parte de La Alameda, El Espumarejo y La Macarena.

Pepe el de la Matrona ha grabado recientemente una antología de cantes flamencos. Los discos aún no han salido al mercado. Cuando salgan tendrán, sin duda, notable eco entre los aficionados a este singular género español del cante jondo, en cuyos medios Pepe el de la Matrona está considerado un auténtico patriarca.

—¿En qué consiste esa antología?

—Son treinta y seis cantes, un "retortijo" de cincuenta o sesenta años. Es igual que lo que hoy se hace, pero no es lo mismo —puntualiza—, porque a medida del transcurso de las épocas, se van mejorando las cosas o se van perjudicando, éso yo no soy quien para juzgarlo. Pero quiero decirle a usted que aún siendo los mismos no es lo mismo. He tenido que buscar un retroceso de cuarenta o cincuenta años, a lo que me ha pedido la casa "constructora" de los discos. Con esto quiero decirle a usted que aunque sean, por los títulos, los mismos cantes que hoy, tienen en las melodías argo de diferiencia.

Transcribimos de la manera más textual posible la forma peculiarísima de expresarse que tiene Pepe el de la Matrona, porque da a sus conceptos una gracia, una singularidad extraordinarias.

—¿Hoy no se canta así?, preguntamos.

—Hombre, se cantan porque los títulos... llevan los mismos títulos. Pero las formas no son las mismas. Porque claro, todos los que van saliendo, cada uno le va poniendo algo de personalidad en su arte.

—¿Qué ha puesto usted en esa grabación?

—Lo que yo he puesto es en lo que yo me crié cuando yo empecé a cantar, he seguido las normas aquéllas, saliéndome algo de lo de hoy, como los de hoy se salen de aquélla, que no han conocido.

—¿A qué maestros conoció usted?

—¿Maestros? Muchos, hombre... En aquella época, yo al que he seguido más de todos ha sido a Antonio Chacón. Porque por mi juicio, dentro de lo que yo puedo alcanzar en esto, creo que ha sido el más extenso que yo he conocido. Luego he conocido a muchos, que han tenido superioridad en alguna cosa sola, o en dos, pero en general, en conjunto general, el más extenso ha sido éste, y el que ha hecho las cosas, el que ha modificado las cosas a su manera.

Pe el de la Matrona el juicio crítico que le dicta su gran sabiduría en el cante, la palabra definitoria precisa:

—Tomás, el hermano de Pastora (la Niña de los Peines), para mí ha sido un artista que las pretensiones que ha tenido siempre han sido de verdadero artista, porque a todo lo que él ha echado mano pa cantar ha querido mejorarlo y engrandecerlo. Si unas cosas las ha conseguido y otras no en eso yo no me meto, pero su intención ha sido esa. Eso ya es un artista con honradez.

Justo a los más famosos, los que hoy están prácticamente olvidados:

—Conocí a un tratante que no era profesional, que vivía en Villamartín, se llamaba Juan Feria. Era yo joven, pero le alcancé a oir. Le oí unos cantes por seguiriyas que, algunos de ellos, los he seguido yo. No le voy a usted a decir si lo que yo he seguido a este hombre está a la perfección de lo que le oí a él, pero vamos, yo he querido seguirle.

En la órbita de los recuerdos, Pepe el de la Matrona es un auténtico archivo viviente. Los nombres surgen en sus labios, empujando unos a otros con la urgencia que impone una memoria fértil y lozana.

—Luego he oído a otro bastantes veces, que se avecinó en Málaga y estuvo mucho tiempo en Málaga viviendo, que se llamaba Rafael Moreno. Este también era un cantaor que lo que hacía era perfecto, con una voz magnífica de artista, pa transmitir... Había una Teresita Cedes, que también cantaba bien por seguiriyas... He conocido a Rita Ortega Morales, que también ha cantao muy bien.

—No, Rita la Cantaora es otra más vieja. Esa que usted dice Rita la Cantaora era Rita la de Chaqueta, le decían, era de Sanlúcar de Barrameda. Cuando yo me casé, en el año seis, al siete, estaba cantando en «El Gato», y allí estuve cantando con ella. Buena cantaora, y esta Rita Ortega Morales, también muy buena. Y la Serrana, una hija de Paco la Luz, también muy buena cantaora, y muy extensa... Y luego, pues he conocido a la Bochocha. La Bochocha era la madre de Faíco el Viejo. Y a Ana la Manca, una prima suya, de Triana...

Es una delicia oir a Pepe el de la Matrona discurrir por sus viejos recuerdos con una lucidez realmente sorprendente.

Pero él tiene su propia filosofía: «Hay quien es viejo y es joven, y hay quien es joven y es viejo». Pepe el de la Matrona es, sin duda alguna, un joven de ochenta y dos años.

—A Ramón el Ollero, Ramón el de Triana, le oí, pero era yo muy joven. Con esta edad no se pueden hacer grandes juicios, ahora que reconozco que Ramón era un cantador muy extenso, y muy bueno, pero amaneró mucho las cosas...

—De la época que usted ha conocido, ¿cuál cree usted que ha sido el momento más importante del flamenco?

—Pues... yo creo que el momento importante del flamenco ha sido del 1900 al 1930. De 1900 a 1925. Me creo yo, lo que yo he alcanzao, ¿eh? Anterior no me pregunte usted porque no puedo contestarlo. Dicen que era mejor, dicen, los hombres que tenían más edad que yo. Lo consideraban mejor, vamos, con más pureza. Pero mucha menos extensión. Ya hoy las reconocían, porque en la época del 1800 al 1900 los señores que se dedicaban a eso no reconocían el flamenco como cante de malagueñas, ni cante de Levante, ni na de eso porque todo eso son los fandangos de cada provincia.

Volvemos al tema inicial de nuestra entrevista, la antología flamenca que acaba de grabar.

—Algunos cantes de los que he hecho, hacía ya treinta o cuarenta años que yo no los tocaba. Esto lo he hecho yo solo. No tenía a mi lado más que la guitarra y un señor que en algunos momentos me hace palmas. ¡Uno sólo! No había nada previamente planeado. Los cantes se iban grabando según a mí se me iban ocurriendo.

—¿Qué cantes ha hecho en la grabación esa de los más olvidados, dijéramos?

—Algunos cantes por soleá que les llaman cantes de Paquirri, cantes viejos de Triana, cantes de Merce · Serneta... Esos son los cantes más antiguos que yo he llegao a cantar. Los cantes de Paquirri, los cantes de José Ivanda... En fin, he seguido a ellos. Ahora, no le puedo a usted asegurar si esto que yo he hecho es lo que ellos hacían o no. Ahora que no se parece a lo corriente de hoy, porque hoy, si hoy hay mil cantaores, pudiéramos decir, son muy pocos de los mil cantaores que se destaquen uno de otro, casi todos suenan parecido.

Pepe el de la Matrona pide al camarero —estamos en «Gayango», donde todas las tardes va a tomar café— un vasito de agua y un poco de bicarbonato, que toma directamente en la boca, al viejo estilo. Le pregunto:

—Usted no es gitano, ¿no?

—No señor, no soy gitano.

—¿Qué opina usted de la tensión esta de gitanismo y andalucismo en el origen del flamenco y en su posterior desarrollo; si ha tenido más influencia el gitanismo o el andalucismo?

—Yo se lo voy a usted a explicar, mire usted. Vamos, dentro de lo que está a mi alcance. Lo mismo me da a mí que cante un gitano, que un negro, que un amarillo. Lo mismo. Porque los seres humanos todos tienen el corazón en el mismo sitio, y en reuniones privadas. Ahora, desde hace doce años que se me hizo la primera antología, que me buscaron pa cantar esos cantes por soleá antiguos, y la serrana y unas cosas que ya las habían puesto de otra manera, de ahí ya, como dio resultado eso, me vinieron y me buscaron y fui a cantar a los Campos Elíseos, a París, con Vicente Escudero y una agrupación de los que habíamos grabado. Hubo éxito, en conjunto hubo éxito. Tanto es así que la empresa de los Campos Elíseos quería que siguiéramos, pero en la fecha que terminábamos debutaba Chavalié y este hombre no admitió indemnización y nos tuvimos que ir a Holanda y Bélgica pa cubrir un bache que había de veinte o treinta días, que luego volvimos a París y entramos en un teatro que le llamaban el Letuá, y de ahí me solicitaron pa que fuera a Norteamérica con Vicente Escudero también, y fui a Norteamérica. Y luego he venido y he dado la vuelta a Europa cinco o seis veces ya en los teatros dando recitales, con un grupo que iba de varietés, de esos de flamenco. Luego, cuando ya llevaba

dez. A ver si me comprende usted lo que quiero decir. Sin salirse de las reglas que eso tiene, porque eso tiene sus reglas, aunque digan que no tiene reglas musicales y todo lo que quieran decir de nosotros. No tenemos música, pero tenemos ritmo. Dentro de ese ritmo, tenemos que poner o quitar. Lo que ése hombre ha dejado hecho, es lo que yo me creo que tiene más sentido de la razón.

—Aparte de Chacón, ¿quiénes han influido de alguna manera en usted?

—Hombre, aparte de Chacón han influido muchos, porque he tomao parte en otros artistas, como, en algunos momentos, Manuel Torre me dejaba mucho, me dejaba mucho por una razón que le voy a decir: porque era un artista genial. Claro, yo le juzgo, como le diría a usted, casi inconsciente de sus actos, porque el hombre hacía unas cosas inolvidables y otra vez hacía cosas garrafales, que no se le podían ni oir, pero cuando hacía una cosa que le cogía en ese momento de inspiración, era inolvidable. Pero no tenía esa seguridad que tenía este que yo le digo a usted, don Antonio Chacón, ni esa extensión que tenía Antonio Chacón, en todo. En algunas cosas, sí; pero de esa forma que yo le digo a usted, no con seguridad. No porque no supiera, porque no se puede responder de cantar en el momento que uno quiere, sino cuando le coge a uno preparado para ello. Es un arte que tiene usted que transmitir. Son dos cosas las que hay que hacer para eso; primero, estar predispuesto pa transmitirla al que usted le escucha, y segundo, tropezar con el individuo que usted le quiere transmitir que esté dispuesto también a que usted le transmita...

Nos habla de otras grandes figuras del flamenco que él llegó a conocer, como Merce la Sarneta, la Niña de los Peines, Juan Breva, los hijos del Mellizo y otros muchos a los que califica de «artistas de naturaleza, y esos siempre dejan, y algo les gusta a todo el que oye, y algo hay que coger de ellos». Para cada uno tiene Pe-

...e un gitano, que un negro, que un amarillo. Lo mismo. Porque los seres humanos todos tienen el corazón en el mismo sitio, y la cabeza en su sitio. Pa cantar no se necesita más que una cosa que yo le voy a decir a usted. Emplear tres cosas: la primordial es voz, voz y voz. Luego la cabeza y luego el corazón. Y al que le falte una cosa de esas pues le ha faltado todo, es un torero cojo. Naturalmente. Mire usted, esto es llano; si no usa usted la cabeza se puede caer. Y pa todo hay que usar la cabeza. Y sobre todo pa transmitir, el corazón. Porque el cante flamenco, ya lo he dicho en varias ocasiones, se compone de dos emociones: una de tristeza y otra de alegría, que tanta fuerza puede tener la una como la otra.

—¿Qué es el duende?

—El duende... yo le voy a decir a usted una cosa. Esa palabra del duende yo cuando la oigo decir me río, porque eso del duende es una cosa que empleamos acoplao al flamenco que es lo mismo que si dijéramos ¿qué es un misterio? ¿Lo ha visto alguien? Nadie. Y sin embargo existe, por lo que dice el mundo entero. Si el mundo entero lo dice es por algo. Bueno, el misterio no lo ha visto nadie, ¿verdad? Pues al duende tampoco lo ha visto nadie... El duende es una cosa que no se sabe lo que es.

—¿Usted puede cantar siempre? ¿Sólo en determinadas circunstancias?

—Siempre no se pué cantar. Hay veces que yo quisiera y no puedo. Sin embargo, pues otras veces me estoy afeitando y... estoy pa cantar. Porque usted le dice a un poeta hágame un soneto y tira tres mil cuartillas a la papelera y luego en la plataforma de un tranvía se lo hace a usted. Eso no se puede disponer de ello, vamos creo yo, ¿eh? Por lo menos yo. Yo siempre no estoy en iguales condiciones. La mayor número de veces que hacemos esto los que vivimos de ello, lo hacemos ya por costumbre, por norma, pero no porque se está en situación. En una palabra, el noventa por ciento es engañar a la gente. Porque no se está en predisposición para ello, y como vive uno de ello, pues no hay más remedio que hacerlo, a ver si me entiende usted.

—¿Actualmente usted canta en público con frecuencia?

—No, no, no. Yo me he llevado cerca de cuarenta años sin cantar en público. Na más recitales, con un grupo que iba de varietés, de esos de flamenco. Luego, cuando ya llevaba cuatro o cinco años con este grupo, pues determiné ir a grabar a París, y desde ahí en adelante, luego me solicitaron pa que fuera a la Sorbona de París e ilustrar unas conferencias, como yo he ilustrado aquí unas cuantas conferencias en los Colegios Mayores de la Universitaria, con Colombí. He hecho unas cuantas salidas con los de «Zambra», he estado cantando en Túnez, en Argel y en París con ellos también. Y ahora... Yo no me gusta cantar en público. Si quisiera cantar en público me han solicitado de muchos sitios... ¡Ya he cantado bastante!

—Pero sigue con ganas de cantar, ¿no?

—Eso mientras viva, qué remedio me queda. No tengo más remedio que cantar. Primero, porque no soy rico, y si fuera lo pagaría para oir cantar, y pa cantar yo. Pero cuando yo quiera, ¿eh?, no cuando me lo manden, eso no, eso es un martirio muy grande, porque eso... Mire usted quien soy yo: yo me he acostumbrao a cantar con los ojos cerraos, le voy a usted a decir, por cuestión de temperamento. Porque yo estaba en una reunión, aunque fuera de muy pocas personas, y sólo un gesto me quitaba la acción, un gesto que me desagradara. No sé a lo que obedece, pero... Y tuve que acostumbrarme a cantar con los ojos cerraos pa no ver la cara de nadie. ¡Na más yo sólo, reconcentrarme yo en mí mismo!

—¿Ahora canta usted sólo cuando quiere cantar?

—Cuando quiero... es muy difícil, porque no encuentro sitio donde poder cantar. Si yo le dijera a usted que en mi casa no me han oído a mi cantar. Ni mis nietos, ni mis hijas, ni nadie. En mi casa no canto. Ni tengo discos. Sin embargo algunas veces les digo a cuatro amigos vamos a tomarnos dos botellas de vino, que voy a ver cómo ando de la voz. Y canto, y bebo, y canto, y qué sé yo. Más que cuando voy a ganarlo. Pero no cuando me lo mandan. Cuando me lo mandan, me cuesta mucho trabajo cantar ya...

Este es José Núñez Meléndez, de ochenta y dos años de edad, más conocido por Pepe el de la Matrona.

A. A. CABALLERO
(Coprensa)